

La Trinidad en Atenágoras

a través de la «Legación en favor de los cristianos»*

Precisamente por sus misterios ¹ el cristianismo en el comienzo mismo de su expansión fué señalado como escándalo y locura ²; con cruel sarcasmo se burlaron judíos y paganos de su carácter misterioso, tachándolo sobre todo de superstición ³.

Pero junto a la acusación de superstición y —ateísmo—, y aparte de las calumnias de orden moral que pronto encontraron eco prolongado en el pueblo sobre todo, los aristócratas y

* Este estudio es parte del trabajo de Seminario de la Facultad de Humanidades Clásicas, realizado este curso 1957-58 bajo la dirección del Dr. P. Isidoro Rodríguez, O. F. M.

BIBLIOGRAFIA: C. OTTO, *Athenagorae Philosophi Atheniensis Opera*, en *Corpus Apologetarum Christianorum saeculi secundi*. Ienae. 1857. P. UBALDI, *Atenagora, La Supplica per i Cristiani*, Turin, 1933. DANIEL RUIZ BUENO, *Padres Apologistas Griegos* (s. II), B. A. C., Madrid, 1954. C. BARDY, *Athenagore, Supplique au sujet des Chrétiens*, París, 1943.

¹ El concepto del misterio cristiano y sobrenatural es esencialmente distinto al del misterio natural antiguo, como ya sabemos por Teología Fundamental. La esencia del misterio pagano —μυστήριον— es un acontecimiento de índole litúrgico-simbólica, un mito de la naturaleza a la que acompaña la oscura sensación de un misterioso contenido oculto en su ser.

Es muy significativo que los Padres Griegos, siguiendo el ejemplo de los Apóstoles, sobre todo el de Pablo, rechazaran terminantemente los misterios y contrapusieran a la oscura fe de los misterios paganos la verdad cristiana, como esplendor y amor sublimes del Dios que se revela.

² PLINIO, *Epist.* 10, 96. Cf. 1 *Cor.* 1, 23.

³ PLINIO, *Epist.* 10, 96; TACITO, *Ann.* 15, 44; SÜETONIO, *Nero*, 26.

filósofos brindan a los cristianos un desprecio total, como a gente sin instrucción ni cultura ⁴.

Con una denominación, en la que caben matizaciones distintas, los señalan ya Minucio Félix, Celso, Hipólito y Tertuliano. Constituyen los cristianos una clase especial de hombres en oposición abierta a los paganos y judíos. Son el «Tertium Genus» de la sociedad.

Frente a los aristócratas y filósofos paganos se levantan inmediatamente, apenas la Iglesia sale de su intimidad y crece, sobre todo el siglo II, hombres cristianos de su misma categoría intelectual, formados en las mismas escuelas.

Estos hombres, los apologistas, se defienden con lógica, sin odio ni calumnias. A las acusaciones de los paganos oponen ideas profundas, ideas claves para los entendimientos serenos. Es más, superan las concepciones de los intelectuales paganos sobre Dios, sobre el hombre y el mundo, sobre el destino y la moral. Y demuestran que el cristianismo no es superstición, no es ignorancia.

Frente a la confusión de su mitología, que se mantiene en un plano de ansiedad e insatisfacción espiritual, y muy por encima de ella, abren un horizonte luminoso y cálido, completamente desconocido: la revelación divina, los misterios del cristianismo, realmente transidos de luz y de amor.

Pueden estudiarse muchísimos aspectos preciosos en esta dirección, pero vamos a fijarnos exclusivamente en un hombre y en un misterio: en Atenágoras en lo que se refiere a su exposición del misterio por excelencia, la Santísima Trinidad.

En contra de la acusación de ateísmo —ὄτι μὲν οὖν οὐκ ἔσμεν ἄθεοι— abre en el capítulo cuarto hasta el octavo una serie de consideraciones filosóficas sobre la existencia de Dios. Prueba la unidad de Dios, eterno, creador del mundo. Y dejando la Teodicea natural con una serie de conclusiones concretas y fir-

⁴ LUCIANO llama a los cristianos *κακοδαίμονες*, «infelices, poseídos de superstición, pobres-tontos. Cecilio, en el *Octavius* de MINUCIO FELIX dice de los cristianos: «Studiorum rudes, litterarum profanos» (Oct. 5, 4). «Indoctis, imperitis, rudibus, agrestibus» (Ibid. 12, 7). Esta acusación se encuentra también en Celso: 1, 9; 2, 26; 3, 19, 44, 50, 68, 73: ROBERT BADER, *Der 'Αληθής λόγος des Kelsos*, Stuttgart-Berlín, 1950.

mes, pasa a la Teología revelada: capítulos nueve y diez, que le sirven como de base para su exposición de la moral cristiana (caps. 11 y 12) cuya fuente está en la fe, y su refutación de la idolatría (caps. 11-30).

Encabeza todas sus consideraciones teológicas con una distinción perfecta entre los datos de la razón y de la revelación, las simples concepciones humanas y la autoridad de los profetas: εἰ μὲν οὖν ταῖς τοιαύταις ἐννοίαις ἀπηρκούμεθα, ἀνθρωπικὸν ἂν τις εἶναι τὸν καθ' ἡμᾶς ἐνόμιζεν λόγον· ἐπεὶ δὲ αἱ φωναὶ τῶν προφητῶν πιστοῦσιν ἡμῶν τοὺς λογισμοὺς «ciertamente, si nos contentáramos con tales argumentos de razón, se podría pensar que nuestra doctrina es humana; pero ya que las palabras de los profetas confirman nuestros razonamientos...» (cap. 9).

Después de asentar este principio se enfrenta con el gran misterio de la Trinidad, cuya revelación completa tendrá lugar en la otra vida. Ahora no nos queda más que el deseo, la fe de esas «grandes realidades», como dice en el capítulo duodécimo. No es pura especulación, sino realmente fé religiosa vivida que hace desear la visión del Dios Trino, de la cual ella es garantía absoluta.

Esto supuesto pasamos a la análisis de la exposición trinitaria.

Es necesario desde el principio una advertencia: no encontramos en Atenágoras una exposición completa del Misterio, un «Quicumque». No es un Símbolo. Aun no ha nacido el arrianismo ni los concilios han precisado fórmulas concretas. Aparte de que no podemos olvidar que la «Legación» está dirigida a paganos que oyen por vez primera estas verdades tan sublimes. Sencillamente, sus enunciados del dogma son fragmentarios y deben ser completados los unos con los otros.

Frente a la acusación de ateísmo propone con fuerza la *distinción* de las tres divinas personas, y su *unidad*: τίς οὖν οὐκ ἂν ἀπορήσαι <τοὺς> ἄγοντας θεὸν πατέρα καὶ υἱὸν θεὸν καὶ πνεῦμα ἅγιον, δεικνύοντας αὐτῶν καὶ τὴν ἐν τῇ ἐνώσει δύναμιν καὶ ἐν τῇ τάξει διαίρεσιν, ἀκούσας ἀθέους καλουμένους; Y ¿quién no se extrañará al oír llamar ateos a quienes admiten a un Dios Padre y a un Dios Hijo y un Espíritu Santo, que muestran su poder en la unidad y su distinción en el orden?» (cap. 10). O sea que los tres: Padre, Hijo —para el que usa indiferentemente υἱός y

παῖς— y Espíritu Santo son tres personas divinas: θεόν. Y aunque al Espíritu Santo no le añade el término atributivo θεόν, que se supone implícito, la mejor garantía de su personalidad divina está en el paralelismo que Atenágoras establece en las tres personas, de las cuales afirma su unidad y distinción. Y no olvidemos que Atenágoras señala con frecuencia este paralelismo.

Más claro vemos esta afirmación y este paralelismo en el capítulo 24: ὡς γὰρ θεόν φάμεν καὶ υἱὸν τὸν λόγον αὐτοῦ καὶ πνεῦμα ἅγιον, ἐνούμενα μὲν κατὰ δύναμιν... ⁵ τὸν πατέρα, τὸν υἱόν, τὸ πνεῦμα, ὅτι νοῦς, λόγος, σοφία ὁ υἱὸς τοῦ πατρὸς καὶ ἀπόρροια ὡς φῶς ἀπὸ πυρὸς τὸ πνεῦμα: «Porque así como admitimos a Dios, y al Hijo, su Verbo, y al Espíritu Santo, identificados según el poder, pero distintos según el orden: al Padre, al Hijo, al Espíritu, porque el Hijo es inteligencia, Verbo y sabiduría del Padre, y el Espíritu, emanación como luz del fuego».

Sin embargo, la distinción lo mismo que su unión es misteriosa. Aquí abajo deseamos entenderla sin lograrlo plenamente (cap. 12): τίς ἢ τοῦ πατρὸς πρὸς τὸν υἱὸν κοινωνία, τί τὸ πνεῦμα, τίς ἢ τῶν τοσοῦτων ἔνωσις καὶ διαίρεσις ἐνουμένων, τοῦ πνεύματος, τοῦ παιδός, τοῦ πατρὸς: «cuál sea la comunicación del Padre con el Hijo, qué cosa sea el Espíritu, cuál sea la unión de tan grandes realidades, cuál la distinción de los así unidos, del Espíritu, del Hijo, y del Padre». En estas últimas palabras vemos claramente el paralelismo del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo porque le cita a él en primer lugar.

La palabra κοινωνία, del verbo κοινωνέω que significa «tener en común con», o sea «poseer en común». De tal manera que κοινωνία es «la acción de tener en común», de «participar igualmente de una cosa», en nuestro caso «la Divinidad». ἔνωσις es «la acción de reducir a uno», de «unificar»: ἐν — εἰς. διαίρεσις es «distinción» del verbo διαιρέω que significa «dividir, distinguir».

Después de las afirmaciones dogmáticas claves, Atenágoras se esfuerza en proponer a sus lectores una interpretación ac-

⁵ Hay una laguna que SCHWART suple διαιρούμεθα δὲ κατὰ τάξιν en conformidad con la doctrina de Atenágoras en nuestro pasaje anterior.

cesible. Y se sirve para ello del Evangelio de San Juan. El capítulo décimo es una influencia teológica expresa directa de San Juan ⁶, como puede verse a continuación.

Por el Verbo, que viene de Dios, ha sido hecho todo cuanto existe: ὑφ' οὗ γεγένηται τὸ πᾶν διὰ <του παρ'> αὐτοῦ λόγου. Además ordena, διακεκόσμηται y conserva συγκρατεῖται lo que ha creado. El Verbo es, dice a continuación, y lo repite más adelante, la causa ejemplar del mundo ἐν ἰδέα, y su causa eficiente ἐν ἐνεργεία. Y refuerza la fórmula de la creación idéntica a la de San Juan 1, 3: πρὸς αὐτοῦ γὰρ καὶ δι' αὐτοῦ πάντα ἐγένετο.

No nos extrañen estas repeticiones; están muy justificadas, si tenemos en cuenta que Atenágoras es filósofo platónico, y le interesa poner de relieve el papel del Verbo en la creación, y por eso describe en unas líneas más adelante la materia informe que el Hijo de Dios debe ordenar.

Este Verbo es el Hijo de Dios, uno con el Padre: ἐνὸς ὄντος τοῦ πατρὸς καὶ τοῦ υἱοῦ. Plantea ya de lleno la generación del Verbo. Está el Hijo en el Padre y el Padre en el Hijo: ὄντος δὲ τοῦ υἱοῦ ἐν πατρὶ καὶ πατρὸς ἐν υἱῷ ἐνότητι καὶ δυνάμει πνεύματος. El Hijo, el Verbo, es eterno porque está desde el principio en el Padre que es *inteligencia*, naturaleza eterna: ἐξ ἀρχῆς γὰρ ὁ θεός, νοῦς αἰδίος ὧν εἶχεν αὐτὸς ἐν ἑαυτῷ τὸν λόγον. El Verbo es αἰδίως λογικός: eternamente racional». El Verbo, el Hijo, no es producido: οὐχ ὡς γενόμενον, no es hecho, sino que por así decirlo es «como procediendo» de Dios: προελθών. Aquí parece que se aprecia un esfuerzo en Atenágoras por encontrar las palabras precisas que indiquen con toda exactitud la procesión del Hijo. Y las encuentra al decir que el Hijo es: πρῶτον γέννημα εἶναι τῷ πατρὶ: «el primer *engendro* del Padre», de esa νοῦς αἰδίος en la que está procediendo προελθών eternamente.

Más no le podemos pedir.

En lo que se refiere a la procesión del Espíritu Santo, dice que es como un «rayo de sol»: ὡς ἀκτῖνα ἡλίου. Esta comparación, inexacta de suyo, puede interpretarse rectamente. Porque no es menos inexacta la que algunos Padres Griegos em-

⁶ Cf. Io. 1, 1-3; 10, 38; 17, 21-23.

plean de la «antorcha» ⁷. Tertuliano, para explicar la generación del Hijo, pone esta misma comparación ⁸. La expresión *ἀπόρροια* de la cual se sirve Atenágoras está además consagrada por el libro de la Sabiduría ⁹. Y la carta a los Hebreos (1, 3) presenta una imagen parecida a «reflejo»: *ἀπαύγασμα* (*ἀπαύγασμα*, «rayo de luz», del verbo *ἀπαυγάζω*: lanzar rayos, reflejar, reverberar).

Pero ya dijimos antes, la mejor garantía de la personalidad divina del Espíritu Santo es el paralelismo bien definido que a continuación establece Atenágoras con el Padre y el Hijo.

No queremos alargar demasiado este pequeño intento de penetrar en el pensamiento de Atenágoras sobre el más sublime de los misterios cristianos.

Después de su lectura claramente sacamos esta conclusión: Atenágoras nos da un conocimiento suficiente del dogma de la Trinidad. Si en algo falla o es inexacto, se debe más bien a la falta de expresión apropiada que al pensamiento. Y de ninguna manera podemos tacharle de error en la fe.

Es más, le encontramos con mérito positivo en la exposición del dogma trinitario, partiendo de San Juan. Y bien merece el puesto de teólogo en ese como núcleo primitivo de la exposición del dogma, que aumentará con los Padres Griegos, que al explicar el misterio trinitario repetirán muchas de las palabras y expresiones de Atenágoras.

Valentín PALMERO.

⁷ Los Padres Griegos: ATANASIO, MG. 26, 40, 72, 100, 328, 332, 373, BASILIO, MG. 31, 605, GREGORIO NACIANCENO, MG. 35, 1221, GREGORIO NISENO, MG. 45, 369, entre otros llaman por tal motivo al Padre la «fuente», a la cual corresponde la *ἀγενησία* la «innascibilidad», como distinción característica. GREGORIO DE NISA propone la imagen de las «tres antorchas», el Padre da su luz a la segunda Persona y, por medio de ésta, a la Tercera, para destacar no una subordinación, sino una cooperación viva, el intercambio de vida de las tres divinas Personas.

⁸ *Apol.* 21, 58.

⁹ *Sap.* 7. 25. *ἀθμῆς γὰρ ἡ σοφία ἐστὶ τῆς τοῦ θεοῦ δυνάμεως καὶ ἀπόρροια τῆς τοῦ παντοκράτορος ὁόξης εὐκρινῆς: Vapor est enim virtutis Dei (Sapientia) et emanatio quaedam est claritatis omnipotentis Dei sincera.*